# LANCEROS

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MARIANO CHACÉL

Representado con extraordinario éxito en el TEATRO SALON-ESLAVA en la noche del 3 de Diciembre de 1879.

CUARTA EDICIÓN

LIBRERIA DE GUESTA
CARRETAS 9 MADRID

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1894

| PERSONAJES | | ACTORES |
|---|---|---|
| DOÑA FACUNDA.. | Esposos. | Doña Emilia Dansant. |
| DON SIMÓN..... | | Don José Montenegro. |
| LUISA, sobrina de éstos..... | | Doña Francisca Pérez. |
| BRÍGIDA, sirviente..... | | » Adelaida G. de Luna. |
| FÉLIX, capitán de lanceros..... | | Don Gerardo Peña. |
| PÉREZ, su asistente..... .... | | » Ricardo Zamacois. |

La escena tiene lugar en una aldea de Castilla la Vieja en la época actual.

---

Esta obra es propiedad de DOÑA MARÍA LORETO GULLÓN DE FISCOWICH, y nadie podrá sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

La propietaria se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A LA MEMORIA

DEL

# POETA Y MARTIR NARCISO SERRA

*Dedica esta obrita su discípulo,*

El Autor.

609414

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/lancerosjuguetec1336chac

# ACTO ÚNICO

Sala adornada con muebles antiguos. Puerta en el fondo y dos á la derecha: á la izquierda, dos ventanas grandes con reja.

## ESCENA PRIMERA

Al comenzar la acción, se oye el toque de caballería de un regimiento de lanceros, que está entrando en el pueblo. LUISA aparece sentada, haciendo labor, cerca de la ventana del primer termino. BRÍGIDA entra por la derecha atropelladamente, y expresando gran júbilo por la llegada de la tropa.

BRIG. ¡Tropa, señorita, tropa!
¡Caballería!
LUISA. ¡Qué miedo!
BRIG. ¡Son lanceros!
LUISA. ¡Por Dios, calla!
BRIG. ¡Son lanceros! ¡Son lanceros!
¡La gente de más sandunga
que tiene todo el ejército!
¡Olé! ¡que viva la gracia
de aquel cabito primero
que lleva el caballo blanco!
LUISA. ¡Brígida!
BRIG. ¡Vaya un sargento
de más empaque!
LUISA. ¡Por Dios!

BRIG. ¡Y qué potro de más genio!
¡Tente firme, so gracioso!
¡Refrénale!... ¡Vaya un penco!
LUISA. ¡Loca!
BRIG. ¡Si hasta el capellán
se tiene en la silla tieso,
y parece una persona!
¡Olé, el capellán flamenco!

## ESCENA II

DICHAS; DOÑA FACUNDA, por el fondo, y DON SIMÓN, por la de primer término de la derecha, desperezándose.

FAC. ¡Ay, Jesús! ¡Brígida, Luisa!
Muchachas, ¿qué estáis haciendo?...
Cerrad inmediatamente
esas ventanas, y adentro.
(A don Simón.) ¿Tú te levantas ahora?
Haces bien: siempre durmiendo.
Te dará un accidentazo
cualquier dia, lo preveo,
y en tanto...
SIMON. Pero, mujer,
¡qué mal encuentras en ello,
si sabes que no estoy bien,
siempre que como y que almuerzo,
si no me echo la sosiega
un par de horitas, qué menos!
FAC. ¡Eso es: y á tu sobrina,
que tiene un pie en el convento
y otro en el siglo, la dejas,
por entregarte á Morfeo,
que se asome á la ventana
cuando pasa un regimiento!
BRIG. ¿Y qué mal...?
FAC. ¡Cállese usted!
LUISA. ¡Fué Brígida!
BRIG. ¿Y qué hay con eso!
Me gustan los melitares,

¿y qué?... ¿que me gustan? bueno:
como yo no he de ser monja...

FAC. ¡Calla, calla! Te trajeron
hace un año de Madrid,
en donde estabas sirviendo,
por tu afición á la tropa.
A tu padre le escribieron
que gastabas tus salarios
en obsequiar á un mastuerzo
de soldado.

BRIG. No, señora:
eso de soldado, niego.
¡Era un cabo de trompetas,
por más señas, de Farnesio:
un hombre así de chiquito,
montado á caballo, un perro;
pero andando por la calle,
vaya un guaja!... ¡y qué salero
que tenía el arrastrao!

FAC. ¡Callarás!

BRIG. ¿Por qué?

FAC. ¡Silencio!

BRIG. Pero, ¿por qué he de callar?

FAC. ¿Lo ves, Simón, lo estás viendo?...
¡No hay duda que, mientras duermes,
oirá tu sobrina cuentos
muy sabrosos, y esto en días
de profesar!... ¡Buen ejemplo!
Gracias á que yo vigilo,
tanto, que apenas se oyeron
hace un rato las cornetas,
y observé el polvo á lo lejos,
fuíme á ver al capellán
para pedirle consejo.

SIMON. Consejo, ¿de qué?

FAC. ¡Este hombre
está en Belén todo el tiempo!
Ha entrado caballería.

SIMON. Ya sé: me ha quitado el sueño.
¿Y qué?

FAC. Que nos van á echar
alojados.

SIMON. ¿Y qué?... Bueno:
las cargas se han de llevar
entre todos, no hay remedio.
FAC. Pero, Simón, ¿y la niña?
SIMON. ¡Qué niña ni niño muerto!
¿Tiene algo que ver acaso
en el asunto?
FAC. ¡Mostrenco!
SIMON. ¡Facunda, no me provoques!
FAC. ¡Cuando va á tomar el velo
exponerla á seducciones!
SIMON. ¡Bah, bah! Te respondo de eso:
nuestra Luisa es un prodigio
de recato.
FAC. ¡Calla, necio!
LUISA. ¡Tío, por Dios!...
SIMON. No hay cuidado.
FAC. Tú ignoras, por lo que veo,
lo que son los militares.
SIMON. ¿Pero han entrado á saqueo
en el lugar, ó no hay más
que seducir?... ¡Está bueno!
FAC. ¡Un militar es un monstruo,
que va en los alojamientos
siempre tras de la que salta!
SIMON. ¡Pues no se salta, y *laus deo!*
FAC. ¡Simón, parece mentira
que te hayan los años vuelto
tan calmoso, tú que fuiste
un turco en cuestión de celos!
SIMON. Eso fué á mitad de siglo;
pero hace ya mucho tiempo
que no hay de qué.
FAC. ¡No me ultrajes!
SIMON. Y no faltaba pretexto.
Tú tenías un carácter...
muy... alegre, y aún recuerdo...
FAC. ¡Brígida, temo un ataque,
prepara tila al momento;
y tú, Luisa, ve á ayudarla,
que se disparan mis nervios!
(Salen Brígida y Luisa por el foro de la derecha.)

## ESCENA III

DOÑA FACUNDA y DON SIMON

SIMON. Recuerdo que cuando entraron
las tropas con Espartero...
FAC. (Tratando de taparle la boca.)
¡Calla, badulaque, calla!
SIMON. (Refugiándose detrás del confidente.)
Si me insultas, te prometo
que me han de escuchar los sordos.
Corren voces por el pueblo
que has tenido á tu sobrina
de corto hasta hace año y medio,
porque no te hiciese vieja:
y la mandas á un convento
ahora que está talludita
por...
FAC. ¡Ay, que me da el acceso!
¡Quién me socorre! ¡Asesino!
¡Asesino! ¡Yo me muero!
(Cae desmayada en el confidente.)
SIMON. La dió el soponcio, mejor:
después de todo, me alegro;
son los únicos instantes
en que hay en casa silencio.
Ya volverá en sí... ó en re;
yo por de pronto, aprovecho
este interregno de paz
para conciliar el sueño.
(Entra en la habitación del primer término.)

## ESCENA IV

DOÑA FACUNDA; PEREZ, con una maleta.

PEREZ. ¿No haberá gente en la casa?
Cancia allí un bulto estoy viendo:
es una vieja durmiendo.
¡Patrona! ¡Señá Tomasa!

¡Pues no tiene el sueño fuerte
la vieja! ¡Señá Geroma,
despierte usté! ¡Eh!... ¡Eh!... (Sacudiéndola.)

FAC. (Dándole una bofetada.) ¡Toma!

PEREZ. ¡Pues maldita sea mi suerte!
¡Señora! ¡Yo que la he hecho!

FAC. ¡Dispense usted!

PEREZ. No hay de qué:
dijendo dispense usté,
ya está todo satisfecho.

FAC. Soy tan nerviosa...

PEREZ. Enterao.

FAC. Padecía un accidente
nervioso...

PEREZ. Y precisamente
llegué en punto del mandao.
No se desprique usté más,
señora, esté usté tranquila,
que yo ya tengo la fila,
á prueba de bofetás.
Miste un caso: el día pasao,
(por probar mi suerte perra,)
mandaron echar pie á tierra
para tomar un bocao.
Mi amo, que es capitán,
se ajuntó con dos ú tres,
y me dijo: Pérez, ves
á la venta, y tráenos pan.
Caprichos de él, que á la cuenta
le gusta el pan lechuguino:
pues señó, tomé el camino,
y tras, tras, tras, á la venta.
Me apeo, pido el pan pronto,
y al paso una lamparilla:
prendo mecha á una colilla;
bebo; cojo el pan, y amonto.
Pico la jaca alistante:
y cuando estaba allegando,
ya iba el escuadrón trotando
por la carretera alante.
Salgo al galope detrás,
y en fin, que á la fin llegué,

si no á tiempo de comé,
de resibir tres guantás.
Conque veasté, señá Blasa;
aluego el amo... eso sí,
me da para chacolí,
y todo se quea en casa.
Y asín pasa esta presona
la vida, á tragos; ¿y qué?
Ea, conque diga usté:
¿usté será la patrona?

FAC. Dueña.

PEREZ. Bien, señá Aniseta:
pues yo vengo aquí alojao
con mi amo, y me ha mandao
para intriegar la boleta.

FAC. Voy á llamar á mi esposo
que es el que corre con eso.

PEREZ. Juzto; llame usté á su espeso,
que no será tan niervoso.
Y si no lo lleva á má,
deme usté un jarrito de agua,
que tengo como una fragua
de abrasao el paladá.

FAC. ¿No es mejor vino?

PEREZ. ¡Un millón
de veses más, señá Irene:
remucho mejón, qué tiene
que ver, remucho mejón!

FAC. ¿Blanco, ó tinto?

PEREZ. Para mí
cualisquier vino es devino:
miste, con tal que sea vino,
man que sea azur turquí.

FAC. ¿Con un bizcochito?

PEREZ. ¿Qué?...
¿También con confiturría?...
¡Olé, señá Rosalía,
viva la grasia de usté!

FAC. (¡Uno que ya se rebela!
¡Ay qué hombres!... ¡es fuerte cosa!)

PEREZ. (Si no fuera tan niervosa,
me caitibaba esta agüela.)

FAC. (A la puerta de la primera habitación.)
¡Simón! ¡Simón! ¡Pronto, sal!
¡Jesús, de nuevo se ha echado!
¡Tenemos un alojado!
PEREZ. Dos, boleta de oficial.
FAC. ¡Vamos, hombre!
SIMON. (Dentro.) ¡Voy!
(Entra doña Facunda en la habitación del segundo término, y sale don Simón de la primera.)

## ESCENA V

PEREZ y DON SIMON

PEREZ. Presente.
SIMON. Buenos días.
PEREZ. (Ojo al Cristo,
que aquí, á jurgar por lo visto,
anda niervosa la gente.)
SIMON. A ver la boleta.
PEREZ. Yo
la saqué de la arcaidía:
ya ví á la señá María,
y está enterá de tóo.
SIMON. ¿Qué María?
PEREZ. Es consiguiente:
el ama.
SIMON. ¡Facunda!
PEREZ. ¿Cuál?
Bueno, Fecunda, es igual.
SIMON. No señor, es diferente.
¿Y á dónde va por aquí
el regimiento?
PEREZ. A esta tierra:
á un similagro de guerra
que va á haber en Vallaulí.
SIMON. ¿Al simulacro?
PEREZ. Eso es.
Se va á juntar mucha tropa;
toda la que hay en Uropa,
para el quince de este mes.

SIMON. Hombre... en España no más,
y no toda.
PEREZ. Mismamente:
la de España, Benavente,
Burgos, Palencia y demás;
y, sigún informes güenos
que otro asistente me ha dao,
por la mar habrán llegao
veinte fragatas lo menos.
SIMON. ¿Por el mar?...
PEREZ. Ú por el tren.
SIMON. ¡Si allí no hay mar!
PEREZ. ¿Que no?
SIMON. ¡No!
PEREZ. Se conose que el gachó
no estaba informao bien.
Tampoco en mi pueblo hay mar;
pero es insinificante,
y con un río hay bastante
para el gasto del lugar.
Y como allá en Santander,
que es zuidá, hay mar, dije: ¿sí?
pues también en Vallaulí,
que es zuidá, tiene que haber.
Eso sí, en Logroño y Dueñas
no hay mar, ni aquí en Benavente;
pero ya zabe la gente
que son zuidades pequeñas.

## ESCENA VI

DICHOS; DOÑA FACUNDA, con vino y pastas.

PEREZ. Yo siento, señá Pilar,
que se haiga usté incomodao;
pero ya que me ha orsequiao,
remojaré el paladar.
SIMON. Así se hace. (Bajo á doña Facunda.)
FAC. (Idem á don Simón.) Ya lo ves:
por evitar desazones.
SIMON. Bien hecho. (Idem.)

PEREZ. (Bebiendo.) ¡Ea, patrones,
va por la salú de ustés!
(Después de beber.)
Güen líquido, es un turrón
de azucra, señá Ramona:
cuente usté con mi presona;
y usté lo mismo, patrón.

SIMON. ¡Gracias!

PEREZ. Na, yo soy así.

FAC. Y el amo, ¿es muy calavera?

PEREZ. Desque suba la escalera
verá usté sandunga aquí.
Tres estrellas, capitán,
güena alsada, bien plantao,
estampa hasta allí, templao,
entre bayo y alazán.
Con más sal que un macareno,
y alegre como un jolgorio:
¿usté ha visto á don Tinorio
en el treato? Pues güeno:
¡valiente boquera está
el don Tinorio á su lao;
si á éste le suerta un mandao,
no hay más treato ni náa!
Desque diquela el prefil
de una mujé, ya está loco:
la edá le zimporta poco,
desde doce á doce mil.

FAC. ¡Jesús, Jesús!

PEREZ. En Castilla
no hay lugar ni caserío
de donde haigamos salío
sin alguna aventurilla. (Por la maleta.)
¿Ve usté esto, señá Consuelo?
¿Qué piensa usté que aquí va?
¿Monises?... ¿camisas?... ¡Quiá!
Náa, más cartas y pelo.

FAC. ¿Pelo? ¿Pues qué hace con él?

PEREZ. Hubo una mosa en Logroño
que se cortó al rape el moño
y se lo dió en un papel:
y yo... al zaco.

SIMON. No comprendo:
¿pero á qué lo va guardando?
PEREZ. Él, no: yo voy ajuntando,
y desque hay mucho, lo vendo.
FAC. ¡Un indio bravo!
PEREZ. ¿Por qué?
¿Quiere usté algún añadío?
Le llevo muy parecío
á su peluquín de usté.
¿Un buquele?... ¿Zortijillas?...
¿Quiere usté un roete entero,
que está disiendo ¡salero!
con sus eintas amarillas?
¿Quiere usté un tirabezón?...
¿Una trensa asín de larga?...
FAC. ¡Graeias: guarde usté su carga
para mejor ocasión!
No uso postizos.
PEREZ. Mu bien:
á su edá, ¡quién se atavía!...
FAC. ¡Es que no soy todavía
ninguna Matusalén!
SIMON. No haga usté caso.
PEREZ. ¿Quién... yo?...
Pero, hombre... ¿voy yo á la escuela?
Aunque la señá Manuela
me pegue, eomo si no.
FAC. Pero, ¿qué diee este hombre?
¿Quiere usté explicar por qué,
siempre que me alude usté,
me llama distinto nombre?
PEREZ. Sensillamente.
FAC. ¿Razón?
PEREZ. Siento que se haiga ofendío;
pero es que yo la he tenío
por dama de posisión.
Un probe se llama Blas,
Pedro, Marcos, Bernabé,
ó, euando más, Juan José,
dos nombres, y nada más;
pero un rico, ya varía;
son cerimonias costosas,

pero se llama... cien cosas,
según su categuría.
Mi teniente coroné,
el día de Santa Ustoquía,
mos imbaicó á la pirroquia
á escristianar á un chorré;
y yo, que estaba el primero
tiniendo á la creatura,
ví le puso el señó cura
todo el calendrajo entero.
Ustoquio, Antón, Ceberico,
Menegildo, Caetano,
Lucio, Cleto, Regustiano...
qui sió... mil nombres y pico.
Y de entonses, pienso yo,
por no parecer patán,
que un probe se llama Juan
y un rico se llama tóo.
Conque, ¡ea! señá Simona,
vindremos ahora mesmito
el potro del zeñorito,
él, mi jaca y mi presona.

SIMON. Muy bien: vaya usté con Dios.

PEREZ. Con Dios, señó Restituto:
hasta drento de un menuto
que veniremos los dos. (Vase por el fondo.)

## ESCENA VII

DOÑA FACUNDA y DON SIMÓN; LUISA y BRÍGIDA se presentan á la puerta del foro.

FAC. Vaya, ¿lo ves, lo estás viendo?
Se trata de un libertino,
de un monstruo de seducción.
¡Simón, estamos perdidos!

SIMON. No será el león tan fiero
como le pintan.

FAC. Te digo...
Vamos, Simón, date á buenas:
considera, Simoncito,
que nuestra sobrina está

próxima á dejar el siglo.

SIMON. ¡No hay peligro!

FAC. Sin embargo:
el dote es un llamativo
poderoso, y si se entera
ese ó cualquiera perdido,
que tiene treinta mil duros...

SIMON. Comprendo: y bien, tú me has dicho
que has ido á pedir consejo
al capellán.

FAC. Eso mismo.
Tiene un talento...

SIMON. De fraile.
Y bien...

FAC. Hemos convenido
en una superchería
de resultado magnífico.
El, siempre que pasa tropa,
como es hombre precabido,
y su sobrina Manuela
tiene tan bello palmito,
la hace embadurnar la cara,
y que se ponga un vestido
de lo más burdo.

SIMON. No hay caso:
nuestra Luisa es un prodigio
de virtud.

FAC. Bien, no le hace:
vestida así, conseguimos
pase desapercibida
en la cocina.

SIMON. Repito...
Además, ese oficial
sabrá por cualquier vecino
que hay en casa una sobrina.

FAC. También es caso previsto.
Brígida hará su papel,
cambiando por su atavío
el de Luisita.

BRIG. (Saliendo.) ¡Ay, qué gusto!
Vaya un belén: sí, me pinto
para hacer de señorita

y hablar con los señoritos;
sobre todo, capitanes.

SIMON. Eso no; yo te prohibo
que hables.

BRIG. ¿Por qué? ¡Ave María!
¿qué teme usted?

SIMON. ¡El ridículo!

LUISA. (Llorando.) ¡Jí, jí, jí, jí, jí!

SIMON. ¡La otra!

FAC. ¿Por qué lloras?

LUISA. ¡He oído
que van á vestirme ustedes
de mamarracho!

FAC. ¡Exactísimo!
Pero es sólo por momentos;
por evitarte un peligro.

SIMON. ¡Mujer, por amor de Dios!...

FAC. Nada, ya está decidido,
y no hay tiempo que perder.
Luisita, vete ahora mismo
al cuarto de ésta, y te pones
aquella saya de picos
tan rabiosamente fea
que luce por los domingos.
Y tú, ven á que te arregle.

SIMON. ¡Pero mujer, por San Críspulo!...
(Luisa sale por el fondo de la izquierda; doña Facunda, Brígida y don Simón, por la puerta del segundo término.)

## ESCENA VIII

FELIX y PEREZ, por el fondo de la derecha. Pérez trae un capote y otras prendas militares.

PEREZ. ¡Ah, de casa! ¡Señá Rosa! (Dentro.)
(Entrando.)
No está... Se ha dío. ¡Ah, de casa!

FELIX. Calla Pérez: considera
que no es esto una posada.

PEREZ. Si es buena gente.

FELIX. Por eso.
PEREZ. Es decir, la señá Urganda
es un poquito pegona:
en cuanto que está atacada
de los niervos... ¡Dios tirita!
pero aluego se la pasa
y saca la confitura.
Me atizó una convidáa,
que otavía me relamo.
FELIX. Yo he oído por la plaza
que tienen una sobrina
que va á ser monja.
PEREZ. Qué ganga,
vivir alojado aquí.
¡Hay un vino!...
FELIX. ¿Y la muchacha?
PEREZ. Se cuela que es un primor:
un poquito se agarra
al gasnate.
FELIX. ¿Quién, la nena?
PEREZ. Quiá, no; el vinillo, la horchata.
FELIX. Yo te hablo de la sobrina.
PEREZ. Pues no la vide la estampa;
pero si el reflán no miente
y se ha salío á su casta,
debe ser un felómeno:
la vieja es una pantasma,
y el tío un calamandruyo.
FELIX. Ninguna joven espanta,
y ésta al menos será joven.
PEREZ. ¿La va usté á meter en varas?
FELIX. Decididamente, Pérez:
también en mi historia falta,
como ocurría á Tenorio,
una doña Inés que vaya
á profesar.
PEREZ. ¡Pues... á ella!
¡También yo tengo unas ganas
de entrar en fuego!... ¡Jesús!
Hace más de diez semanas
que sólo tropiezo pencos,
señor, por esas posáas.

Si hubiera aquí alguna uride
con que entretenerme.

FELIX. ¡Ni agua!
Todo es terreno acotado,
y si me espantas la caza...

PEREZ. Entraré sin escopeta.

FELIX. ¡Ya te he dicho que no!

PEREZ. Basta.
Estaré á la vera al monte
dándole palique al guarda.

FELIX. Te encargo mucho cuidado
con aquello que se habla;
bueno; poco, y al revés.
Además, con las criadas
mucho ojo; nada de bulla,
y pocas andaluzadas.
Si nos dan la ración, bueno;
si no nos la dan, te aguantas:
sales, lo compras, lo guisas,
lo pones, y santas pascuas.

PEREZ. Tengo onse cuartos por junto,
y con onse cuartos...

FELIX. Calla;
gasta lo que sea preciso,
y si sobra, te lo guardas.

PEREZ. (Anda con Dios... generoso.)

FELIX. Cuando yo pele la pava
con la chiquilla en cuestión,
alerta en las avanzadas;
y si ves al enemigo,
me darás la voz de alarma.

PEREZ. ¡El enemigo se acerca!

FELIX. ¡Pues á caballo!

PEREZ. ¡Urchen!

FELIX. Larga.

(Sale Pérez por el fondo de la izquierda.)

## ESCENA IX

FELIX, DON SIMÓN, DOÑA FACUNDA y BRÍGIDA: esta última vestida de señorita, un tanto extravagante.

SIMON. ¡Oh! Mi huésped, bien venido:
mi casa y sus moradores,
se honran siendo servidores
de oficial tan distinguido.

FELIX. Muchas gracias: la honra es mía;
y siento á ustedes causar
molestias á mi pesar,
pero será por un día.

FAC. ¡Tan pronto!...

FELIX. La obligación
nos lleva, aun de mala gana;
en descansando, mañana
saldrá de aquí el escuadrón.
Es decir, pudiera ser
que antes nos hagan marchar,
que no debe el militar
del mañana disponer.
Supongo que esta señora...
(Por doña Facunda.)

SIMON. Tía y sobrina. (Presentándolas.)

FAC. Las dos,
humildes siervas de Dios
y usted.

FELIX. Gracias.

FAC. Servidora.

(Félix está colocado de espaldas á las ventanas. Brígida colocada entre doña Facunda y don Simón.)

SIMON. (Bajo á Brígida, aprovechando el instante en que Félix está saludando á doña Facunda.)
Ya sabes lo que has de hacer.

BRIG. (Bajo á don Simón.)
Callar por si mal me explico.

SIMON. (Iddem.)
Eso mismo, cierra el pico

ó lo echarás á perder.

FELIX. (A Brígida.) Señorita, estoy pensando
que no es hoy la vez primera
que nos vemos y quisiera
que usted me dijese cuándo
y dónde, que me será
propicia acaso su ayuda.
¿No recuerda usted?

SIMON. Sin duda
que usted la confundirá.

FELIX. Las hermosas son dichosas
en ser siempre confundidas:
entre sí son parecidas,
parecidas en lo hermosas;
y siendo como una estrella
esta señorita, es claro
que no es un caso tan raro
la tome por otra bella.

BRIG. ¿Hablo? (Bajo á don Simón.)

SIMON. ¡Calla! (Idem á Brígida.)

FELIX. Señorita,
creo que he dado en el quid.
¿Ha estado usted en Madrid?

BRIG. Sí, señor. (Sin poderse reprimir.)

SIMON. (Interrumpiéndola.)
De pequeñita
la tuvimos á educar;
pero apenas si cumplió
diez años, cuando volvió
y no salió del lugar.
A pesar de su lisonja,
notará su aspecto huraño
y tímido, no es extraño,
va á profesar, va á ser monja.

FELIX. Señorita, ¡quién creería
en tan negro proceder!|
¡que el sol se quiera esconder
negando su luz al día!
¡Cómo quien puede lucir
en su rostro un firmamento,
pide sombras á un convento
y se complace en huir!

Yo considero, señor,
que ha nacido la mujer
con la misión de querer:
¿qué es la mujer sin amor?
¡Haga el cielo, hermosa ingrata,
que en el cláustro paz no halle!

BRIG. (Bajo á don Simón, reprimiéndose á duras penas.)
¡Dígale usté que se calle,
que voy á meter la pata!

SIMON. En efecto, la mujer
y el hombre... pero yo creo...
¿Mas qué sucede allí?... veo
á mucha gente correr.

(Todos se ponen á mirar por las ventanas. Don Simón, doña Facunda y Brígida en la del segundo término. Félix en la primera.)

FELIX. Un potro del escuadrón
que anda suelto por la plaza.
(¡Ah, torpe, que fué añagaza,
por cortar la discusión!
¡y la niña es una perla!
Me mira... pudiera ser...
Es preciso no perder
ocasión de hablarla y verla.)

(Saca una cartera y escribe apresuradamente en una hoja que rasga y dobla en disposición de dársela á Brígida.)

(Un telegrama de amor:
para pedir una cita
bien poco se necesita:
cuanto más breve mejor.)

SIMON. (Asomado á la reja.)
Pero hombre, ¿no hay quién le ataje?
Allí sale el organista,
que es un bravo caballista
y un muchacho de coraje.
Muy bien; ¡bravo!... le atajó,
y aun es fácil que se arroje
á cogerle: ¡ya le coge!...
¡que le coge!... ¡le cogió!

(Durante estos últimos versos, Félix ha hecho señas á Brígida para que tome el papel, coincidiendo la

exclamación de don Simón «¡Le cogió!» con el acto de tomarle aquella.)

Si es que el ginete ha caído,
no habrá librado muy bien.

FELIX. Voy al punto á que me den
informe de lo ocurrido.

SIMON. Oiga, señor oficial.
Siguiendo esa habitación,
(Por la del primer término.)
hallará su pabellón
á mano izquierda, al final.

FELIX. Voy, y volveré en seguida,
que descansar necesito.
Hasta después.

SIMON. Le repito
mi amistad más distinguida.
(Vase Félix por el foro de la derecha.)

## ESCENA X

DOÑA FACUNDA, RRÍGIDA y DON SIMÓN

BRIG. Niña, adentro, terminó
nuestra prisión por ahora.

SIMON. Eso, sigue á tu señora;
ya el primer paso se dió,
y si prosigues formal
en absoluto mutismo,
confío desde ahora mismo
que no libraremos mal.

BRIG. ¿Ya que vestida me encuentro,
no haremos otra vesita?

SIMON. No dando ocasión, se evita
cualquiera peligro; adentro.
(Y yo creo que podré
recostarme por ahí:
si sigo más tiempo así,
me voy á dormir de pie.)
(Entran los tres en la habitación del segundo término.)

## ESCENA XI

LUISA, disfrazada de sirvienta. PEREZ, persiguiéndola, ambos por el foro de la izquierda.

LUISA. ¡Por Dios, no me siga usted!
¡este es mi cuarto!...
PEREZ. ¡Guasona!
¿tú, qué?...
LUISA. No, quise decir...
PEREZ. Pero, ¿por qué te apingojas?
¿soy por si acaso algún tíguere,
alguna sirpiente boda,
para que corras asín
juyendo de mi presona,
toda pálida y pimpleja,
convulsivia y tiritosa?
LUISA. ¡Mire usted que grito!
PEREZ. Grita
de manera que no te oigan
ajogando los suspiros
dentro del alma, jermosa.
LUISA. No me falte usté.
PEREZ. ¡Por vía...!
¡faltarte yo, cacho é gloria,
cuando sería capaz
de darle un muerdo á mi sombra
si se atreviera á pillarte
un pelito de la ropa!
¡Maresita de mi alma!
quisiera golverme mosca,
para ponerme ahora mismo
en tu baibita reonda,
y meterme en ese hoyuelo
que es nío de mariposas,
y aluego de estar metío,
morirme de una pingoja,
y desirle á Dios del sielo:
¡Señor Dios, semiricordia,
no quiero más gloria que ésta;
haga usted la vista gorda!

LUISA. Yo no soy lo que parezco,
buen hombre, usted se equivoca...
PEREZ. ¿No son tuyos esos ojos?
LUISA. Sí, señor.
PEREZ. ¿Y esa tu boca?
LUISA. Sí, señor.
PEREZ. ¿Y ese tu talle?
LUISA. Sí, señor.
PEREZ. Pues si esas cosas
son tuyas, y son devinas
mismamente que las otras,
y toas tus devinidaes
son devinidaes toas,
¿dejarás de ser mujé,
la mujé más primorosa
que anda sobre de la tierra
terrestre y sus accesorias,
y hasta sobre de las aguas,
y hasta sobre de la almósfera?
¡Pus claro!... vaya un ejemplo:
premíteme que te coja
una manita.
LUISA. ¡Ay, Dios mío!
¡Que grito!
PEREZ. ¡Cáyate, tonta!
¡Si no te voy á hacer náa!
Trae la otra manita.

## ESCENA XII

PÉREZ; FÉLIX, por el foro de la derecha. LUISA, entra corriendo en la habitación del segundo término.

FELIX. (Dando un pescozón á Pérez.) ¡Toma!
¿No pides una manita?
(Entra en la habitación del primer término.)

## ESCENA XIII

PEREZ

¡Manita sí, no manopla!
Mala puñalá te den,

hijo de madre pelona
y padre fosforillero
los dos colgaos de la horca!
¡Premita Dios que te pasen
cuatro carros de baldosas
por la metá del rosario,
y negros bitres te coman!

## ESCENA XIV

PEREZ; BRIGIDA, por la segunda habitación, con el papel en que la citó FELIX

BRIG. Oyes tú, ¿sabes leer?
PEREZ. Las manúsculas no más.
BRIG. ¡Ah! Pues entonces sabrás
qué dice aquí. (Presentándole el papel.)
PEREZ. Puede ser.
Aquí hay aas, y ees, y oos.
(Devolviéndole el papel.)
¡Bah! ¡Bah! Letras mamiscritas,
son miyúsculas chiquitas
que no las entiende Dios.
Con premiso.
BRIG. ¿A dónde vas?
PEREZ. Juyendo, que viene el amo,
y por pruensia me escamo,
que andan listas las trompás.
(Sale Pérez por el fondo.)

## ESCENA XV

BRIGIDA y FELIX

FELIX. Aquí está ya: candor tiene
cuando acude, y no sospecha
que alguien sus dardos previene:
es la gacela, que viene
hacia el cazador que acecha.
(La toma la mano para conducirla al confidente, donde toma asiento á su lado,)
No tiemble usted, señorita;

la ofrezco con cuanto valgo
ser digno de su visita;
que el que la invitó á esta cita,
es un corazón hidalgo.
Niña de sin par belleza;
tesoro de gentileza;
¿qué mal siente tan profundo,
que así dejar quiere el mundo
apenas la vida empieza?
¿Por qué en el claustro sombrío,
triste, solitario y frío,
va á encarcelar su hermosura,
cuando un edén de ventura
la sonríe en su albedrío?
Yo que su proyecto oí,
juré no salir de aquí
sin oponerme á su intento:
entre el mundo y el convento
me ha encontrado usted á mí.
A mí, que siento un pesar
inmenso, al considerar
que á esos lindos labios rojos,
y á esos hechiceros ojos,
no les volvería á hallar.
Niña hermosa, ¿por qué huir?
¡La vida es para vivir!
¡Guarde el avaro su oro;
más la belleza, es tesoro
que Dios da para lucir!
¿Se dará por satisfecho
con un calabozo estrecho
ese corazón herido?
¡Pues bien; lo habrá conseguido
cuando se albergue en mi pecho!
Que sea su dueño y fiel
su carcelero cruel,
seré en guardarle el primero:
¡yo seré su carcelero,
para estar preso con él!
Y ahora de nuevo me obstino
en recordar, y no atino,
dónde he visto antes de ahora

ese rostro que atesora
tanto encanto peregrino.
Dígame usté dónde fuí
dichoso, dónde la ví,
que no ha sido una vez sola.

BRIG. No se quiebre usté la chola:
usté me ha visto en Madrí.

FELIX. ¡Cómo!

(Queda como petrificado de asombro, echado hacia atrás en el diván hasta el final de la relación de Brígida.)

BRIG. En Madrí, no hay custión.
Usted era de Farnesio,
y yo estaba en relación
con un corneta, un bribón,
que se llamaba Enemesio.
Lo cual que estaba el gatera
arrestao cada listante;
y yo, porque no dijera,
me empeñaba con cualquiera
por ver de sacarlo alante.
Conque, en una destas, yo
á usté le pedí una audencia,
le hable el caso, le indultó,
le dieron suelta, salió,
y... de eso es la conocencia.

FELIX. Por fuerza aquí hay grave error.
Pero usted, ¿quién viene á ser?

BRIG. La doméstica, señor.

FELIX. La doméstica, ¡qué horror!
Lo he debido conocer.

BRIG. Oiga usté... ¡pues no se puso
grave el hombre!

FELIX. ¡Linda chanza!
Yo veré quién la dispuso.
¡Esto ha sido un baño ruso,
que está pidiendo venganza!

(Entra en la habitación del segundo término.)

## ESCENA XVI

BRÍGIDA; momentos después PÉREZ

BRIG. ¡Qué atrocidá!... ¡Pues qué he dicho!...
¡Qué bien me decía el amo:
cierra el pico, que te pierdes
en cuanto sueltes el trapo!
(A Pérez, que asoma por el fondo.)
Escucha, tú, ven acá.

PEREZ. (Desde la puerta, saludando militarmente.)
Mande uzía.

BRIG. No seas pavo:
acércate.

PEREZ. (Bajando al proscenio.)
Mande uzía.

BRIG. ¿Tú sabes si está guillao
el señorito?

PEREZ. Es posible;
los síntomas son de estarlo:
anda namorao.

BRIG. ¿De quién?

PEREZ. De uzía.

BRIG. ¡Valiente ganso!
¡Pues si me dejó, y salió
haciendo fu como el gato!

PEREZ. ¿Él?... Me parece mentira;
de fijo, estaría malo.

BRIG. Pero... ¿y qué?.... después de todo,
yo malegro: al fin y al cabo
me parece un poco lila;
me has sido tú más simpático.

PEREZ. ¿Zimpático yo?...

BRIG. ¡Sin guasa!

PEREZ. ¿Uzía se está rascando
con este probe?...

BRIG. (Dándole un empellón.) ¡So tuno,
si te conozco, en lo blanco
de los ojitos, que estás
muerto por decirme algo!

PEREZ. ¡Miste que hago un atropeyo!

BRIG. ¿Y qué?

PEREZ. ¡Miste que le hago!
BRIG. Pues así les quiero yo;
de los mocitos templaos
que cogen la carabina
y... ¡pum!... ¡á boca de jarro!
PEREZ. ¡Miste que la apunto!
BRIG. ¡Apunten!
¡fuego!
PEREZ. ¡Juyui, cuerpo guapo!
¡Eres la linfa más turgida
que hay en tóo el grobo terraquedo,
y en tus ojos de candela
me atrevo á ensender sigarros,
desos que vende el gobierno
que no los ensiende un rayo!
Tu boca es tan chiquirrita,
que cuando jámas garbansos
se parten cada uno en dos
para que pueas trajelarlos.
Y es tu pie tan minutero,
que de una oreja de un gato,
me atrevo á hacerte unas botas
con polaina y tacón alto,
sobrando remucha piel
para remuchos zapatos
y muchísimas zapatillas,
y toa clase de calsao!
¡Bendita sea tu sal,
la mare que te ha enjendrao,
y el pare que te ha parío!
¡Bendito sea tu garbo,
y tu cilindriquitiqui
desde la punta hasta abajo!
¡Bendito sea...!
BRIG. ¡Alto el fuego!
PEREZ. ¡Bendita sea...!
BRIG. ¡Alto! ¡alto!
PEREZ. ¡Es que he metío tres balas,
y el fusil se ha reventao!
BRIG. ¡Valiente tirito fué!
¡Me has muerto!
PEREZ. ¿Pegué en el blanco?

BRIG. ¡No te se puede negar
que tienes remucho gancho!
PEREZ. ¡Ay, serrana!
BRIG. Si yo estoy
por la tropa, y de á caballo
mucho más.
PEREZ. ¿Si?... Pues ascucha:
yo amonto más que Zantiago;
soy más gitano que el Mengue,
y á sabé queré le gano
al que más ande quisiendo
por lo fino y por lo basto.
BRIG. ¡Como es mi alcurnia tan alta!
PEREZ. Más alto es un campanario,
y si hay que asonar campanas,
se sube cualquier monago.
BRIG. ¿Y... cumplirás pronto?
PEREZ. Pronto:
me falta justo medio año:
más si tus tíos quisieran
relimirme...
BRIG. No es pa tanto:
medio año pronto se pasa.
PEREZ. ¿No es mu rico?
BRIG. ¡Millonario!
PEREZ. ¿Y... serás tú su hereera?
BRIG. Pos claro está. ¿Qué ta dao?
(Le da un mareo á Pérez.)
PEREZ. ¡Ay, no ha sío náa, náa!
Como nos queremos tanto,
me dió un envanecimiento
de puro cariño, ¿estamos?
BRIG. ¡Ah, pillo!
PEREZ. ¡Por mi salú!
BRIG. ¿No sería por los cuartos
de mi tío?
PEREZ. ¿Cuartos yo?
si soy el sinteresao
más grañde que hay en el mundo:
¡si mis alcanses les gasto
en tramuses y en biyotas
para orsequial al caballo!

Hombre, qué daría yo
porque no fuera tu rango
de tanta presopopeya:
como el sol daría algo
porque milagrozamente,
como cosa de treato
te golvieras... ¿quién diria?
la reina del estropajo.

BRIG. Pues el milagro está hecho.
¡Dios, sin duda, te ha escuchao!
No soy más que una sirvienta
con dos duros de salario.

PEREZ. ¡Pues maldita sea mi suerte
y tu estampa y el milagro!

## ESCENA ÚLTIMA

DICHOS; los demás personajes por la habitación del segundo término: FÉLIX, se ha presentado momentos antes, escuchando las últimas exclamaciones de Pérez.

FELIX. (Riendo.) ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡También á tí!...
Pobre Pérez. ¡Ah! ¡ah! ¡ah!

PEREZ. Deme usté una bofetá,
y no se ría usté así.
(Se oye el toque de llamada de caballería.)

SIMON. Yo le pido á usted perdón.

FELIX. Ya están tocando llamada,
y aunque fué broma pesada
no es de revancha ocasión.

FAC. También yo le rogaré
que no se vaya ofendido.

FELIX. El lance me ha divertido,
y no voy quejoso á fe.
Pérez, en marcha.

PEREZ. Ya están
las jacas: si en mí consiste,
yo pronto despacho: miste
andando, mi capitán.
(Recoge la maleta y la ropa de su amo.)
Con Dios, señá Rosalía;

en jamás olvidaré
que me ha convidao usté
y me ha dao confiturría.
Don Pancho, quear con Dios:
si algo se ofrese, mandá,
ya sabe usté, camará,
que yo y usté... semos dos.
Con Dios, niña, hasta más ver. (A Luisa.)
Y tú, marasma fingía, (A Brígida.)
ea... abur, hasta otro día.
Quéate con Dios, mujé.
Quear con Dios, caballeros
que se marcha el escuadrón:
estos lances, son
muy propios de los LANCEROS.

TELÓN

Cúmpleme consignar lealmente, que en su mayor parte el éxito obtenido por esta obrita, corresponde á los actores que la han representado, y muy especialmente al simpático Zamacois, que tiene, entre otras gracias, la de hacerse aplaudir del público aun en las malas comedias.

M. Chacél.

POLIZA N. 16140